

## ASOMARNOS

Juan 20, 1-18

María Magdalena, llorando a solas. En su llanto se mezclan el dolor por la muerte de Jesús con la angustia de su propia pérdida de fe y esperanzas. No sabemos cuánto tiempo transcurrió hasta que se animó ella a inclinarse, **asomarse**, y entrar al sepulcro... para adentrarse en el misterio de la cruz y la muerte.

Ella vino a llorar a un muerto, quiere sentirse una vez más, cerca del cuerpo de Jesús. En realidad, ella buscaba un cadáver. Pensaba que era lo único que quedaba de su amado Maestro. Todos los signos hablan de resurrección, de misterio, pero María no puede ver ni entender lo que sucede, solo quiere canalizar **su dolor, su afecto, su pérdida**. Cuando sale un poco de sí misma, de su propia angustia y dolor y se anima a **contemplar...**, lentamente comienza a ver. Primero ve y escucha en su interior la palabra que le llega desde el cielo, “Mujer, ¿por qué lloras?”. Su respuesta expresa su profunda confusión.

María se da vuelta, que equivale a mirar atrás, a recordar la propia vida, la primera llamada..., recordar las palabras de Jesús es siempre un modo privilegiado de entrar en oración. Y es entonces cuando Jesús puede hablarle. El comienzo de la narración hacía pensar que era María Magdalena la que iba en busca del Señor. En realidad, es Jesús el que estaba allí detrás de ella, cariñosamente, esperando que ella se detuviera y saliera de sí misma, para poder hablarle.

Enrollada en su propia tristeza, María no puede reconocer la voz de Jesús. Ella lo busca entre los muertos y no puede concebir que Jesús esté vivo, presente, cuidando su soledad a sus espaldas. Y aunque su fe desfallecía y no alcanzaba, su amor y perseverancia le regalan el reencuentro con el llamado. Jesús la llama: “María”.

María Magdalena queda profundamente transformada. Iba encontrarse con un muerto y se encontró con el portador definitivo de la vida. Fue a llorar el fin de sus esperanzas, y se encontró con una nueva misión, una nueva fe, una nueva vida que recrea su identidad de mujer y discípulo. Todo ello, porque se animó a inclinarse, a **asomarse**, a contemplar, **ver los signos y creer...**

El encuentro con Jesús resucitado requiere en última instancia una disposición absolutamente propia y personal. Jesús resucitado, está vivo y presente en medio de la comunidad. Él sale a nuestro encuentro en situaciones de crisis, dolor y oscuridad, **para consolarnos, fortalecernos y enviarnos**. Pero para eso es necesario **asomarse** al sepulcro, inclinarse ante el misterio de que es por la muerte y la cruz como Dios se entrega, salva y ofrece al mundo la resurrección y la vida.

Oficina Red Mundial de Oración del Papa

Argentina – Uruguay

Extracto del libro “Meditaciones con el Evangelio de Juan”. Gonzalo Zarazaga, SJ